

Migración de universitarios argentinos: algunos apuntes para pensar el sentido común sobre el tiempo.

Alicia Méndez.

Cita:

Alicia Méndez (2004). *Migración de universitarios argentinos: algunos apuntes para pensar el sentido común sobre el tiempo*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/543>

Migración de universitarios argentinos: algunos apuntes para pensar el sentido común sobre el tiempo.

Alicia Méndez (UBACyT)

En nuestra investigación sobre universitarios argentinos migrantes llevada a cabo, gracias a una beca UBACYT, desde mayo de 2002 hasta septiembre de 2004, se ha trabajado fundamentalmente con dos fuentes documentales: medios gráficos de circulación nacional (*Página 12, Clarín y La Nación*) y entrevistas en profundidad a migrantes. Una primera lectura del material periodístico y de otras fuentes permitió identificar tres etapas muy generales que tenían que ver con características cuantitativas y cualitativas de la migración que efectivamente había ocurrido, al margen del modo en que los medios eligieran representarla. La discordancia entre una versión y la otra, no sólo en cuanto a la periodización, sino también respecto de otras imágenes ligadas específicamente a la aprehensión subjetiva del tiempo relacionado con el acto de migrar reviste un interés central en nuestro trabajo.

La primera etapa comenzaría en 1995. Tomamos ese año ya que datos del INDEC indican que la Argentina estuvo expulsando a un promedio de 6 mil personas por año entre esa fecha y el 2000. Hay luego, un segundo momento que transcurre entre mediados del 2000 y del 2003 -cuando más cantidad de personas se fueron del país, según datos del INDEC, 140.000 -aunque en las cifras del organismo no se precisa nivel de formación de los migrantes ni se

establece un criterio claro sobre qué es lo que se entiende por tal categoría-; y un tercero, que iría desde mediados de 2003 hasta la fecha, período en el que se visualizan indicadores de reversión de al menos una parte del proceso. En la investigación en curso se ha focalizado la atención en la segunda etapa, pero se ha tomado en cuenta los momentos previos y posteriores a fin de observar rupturas y continuidades.

Resulta curiosa la circunstancia de que, tal como surge de encuestas, del trabajo de campo y de indicios presentes en los mismos medios, la migración de personas con formación universitaria existía ya en 1995 aunque los diarios nacionales sondeados comiencen a dar cuenta de su existencia luego del colapso de diciembre de 2001. Otra discordancia entre los resultados de la investigación empírica y la versión construida por los medios es que, dada la escasa autonomía que tiene en nuestro país el campo cultural respecto del económico y político, la historia de los traslados desde este país hacia el exterior por parte de personas con formación universitaria en general se ha explicado básicamente al ritmo de crisis económicas, intervenciones universitarias y golpes militares: 1943, 1946, 1955, 1966, 1973, 1975, 1983, 1989 y 2001 (Cfr. Mangone (1984), Halperín Donghi (2002), Buchbinder (1997)). Sin embargo, una lectura más atenta de nuestro material mostró la evidencia de que la migración de personas con formación universitaria y la llamada “fuga de cerebros” son dos procesos independientes y que aunque evidentemente relacionados con la economía y la política, obedecen a causas desiguales, poseen lógicas y líneas de continuidad diferentes y una periodización distinta. Los medios, en cambio, en los momentos más cercanos a diciembre del 2001 las mencionan muchas veces conjuntamente,

y unifican como protagonistas del colapso argentino a los científicos, al resto de los egresados universitarios y al común de los compatriotas que dejan la Argentina, al tiempo que explican todo ese complejo movimiento por medio del argumento de “la crisis”. Pese a que la dudosa índole moral de nuestra dirigencia, la falta de presupuesto, de continuidad en las políticas para el sector tecnológico y la inexistencia de criterios y objetivos comunes entre los distintos actores fueran elementos referenciados como propiciatorios de la fuga de cerebros ya en 1995 por notables implicados en el tema¹², y los mismos no hayan mencionado nunca a “la crisis” como causa expulsora de investigadores en ciencias duras. En este sentido han sido los medios y los intelectuales citados por ellos quienes han contribuido, sobre todo entre fines del 2001 hasta mediados del 2003, a que la realidad subjetiva de la crisis se convierta en la explicación última de las causas del fenómeno migratorio, o muchas veces han pretendido explicarla a partir de aquello que es lo que en verdad debería ser explicado: “una moda”, “un fenómeno de contagio”³. Vale apuntar que no es nuestra intención pensar la relación de estas formaciones que caracterizaremos como mitológicas con la realidad, sino el ahondar en la productividad que tienen en la vida social. Las mitologías son relatos de enorme performatividad y a la vez reelaboraciones de algo -por mínimo que sea- que en la empiria efectivamente ocurre. Una dimensión de la vida social que puede ser comprendida sociológicamente y que revela aspectos de la sociedad y de la cultura como experiencias totalizadoras (Neiburg, 1998: 100). También es posible pensarlas en relación al sentido común, “un sistema cultural, que manifiesta un orden increado (Geertz, 1994:115) a partir del cual las personas se orientan en el mundo (...) Un orden, entonces, que sólo es aprensible siguiendo “el intransitado camino lateral que nos conduce, a través de predicados

estructurados metafóricamente (...) a recordar a la gente lo que ya sabe” (Geertz, 1994:115).

Un universitario, docente de la Facultad de Ciencias Sociales, un anochecer del mes de agosto de 2001 dijo en referencia al mes de su partida a España, país al que emigraba sin beca, sin trabajo y con magros ahorros: “mi vida empieza en octubre”. La dimensión temporal que describía, la de la espera, escapa a la visión sobre el transcurrir de las horas que nuestro sentido común preconiza, cuyo procedimiento es aditivo y que proporciona una masa de hechos que se suceden según una causalidad lineal para llenar un tiempo que es considerado como homogéneo y vacío. La espera, en cambio, se adecuaría más a la de la historiografía materialista, según la cual no sólo el movimiento de las ideas, sino también su detención forman parte del pensamiento (Benjamin, 1989:190). La motivación no viene necesariamente del pasado y los acontecimientos no conducen implacablemente hacia un futuro en el que se vislumbra un progreso “inconcluyente” e “incesante” (Benjamin, 1989:187). Esta última forma de concebir la organización de la temporalidad, aparece en algunos testimonios recogidos en el trabajo de campo. Entre el aquí y ahora y el momento de la partida existe un fragmento de tiempo que es, valga el oximoron, un presente eterno, extirpado de la consecuencialidad lógica y temporal con el que normalmente percibimos la relación entre los fenómenos.

En el período focalizado para nuestra investigación –entre mediados del 2000 y del 2003- la fuga de cerebros y la migración de universitarios en general (en esta etapa hay préstamos en los modos de tratamiento de ambos fenómenos) son

presentados a partir de figuras según las cuales la sociedad “está constituida por islas”⁴ –en relación a la falta de criterios y objetivos comunes entre los distintos actores- o bien, las políticas oficiales encaradas son descriptas como el tejido de Penélope⁵ -a propósito de la falta de continuidad en las políticas diseñadas para el sector. En *Clarín*, por su parte, aparecían *tropoi* tales como la metáfora del semillero, en la que para dar cuenta de la falta de políticas destinadas a incentivar a las nuevas generaciones de investigadores a quedarse en el país, se compara la actividad científica con el fútbol (*Clarín*, 18-6-2000). La postura que persiste ya sea cuando se apela a la metáfora del semillero como a la de Penélope, o cuando se denuncia la falta de cumplimiento de promesas por parte de la clase dirigente, o bien, la falta de políticas a futuro respecto de la ciencia, es la de seres pasmados ante la visión de gestores que se desenvuelven según una concepción del tiempo común como fragmentado, carente de continuidad y consistencia, de proyección hacia adelante y de previsibilidad.

Por su parte, respecto de la sensación de falta de futuro como propiciatoria de la partida de la Argentina, curiosamente existe una coincidencia entre la perspectiva de los medios y la de los propios actores de la migración. Particularmente en los meses posteriores a diciembre de 2001, para *Página 12*, un presente descrito como brumoso sólo admite un futuro percibido bajo la forma de una hipálague, una ficción que en este caso deja de ser un atributo de las personas para serlo de lugares y de idiomas: el mañana es “detrás de la frontera”, “en otro idioma”, afirman los titulares del matutino⁶, muta y se desplaza muy lejos de las relaciones de sentido donde sería razonable encontrarlo, quizás porque construir ese futuro implique urdir una predicción creadora destinada a delimitar el sentido, siempre

abierto, del presente (Bourdieu, 1988: 137); gesto imposible de realizar cuando ese presente es visualizado (nuevamente) como crítico.

Este modo de percibir el aquí y ahora es deudor de otra modalidad de apropiación subjetiva del tiempo: la memoria. El sentido común se alimenta en buena parte de ella, de ideas heredadas sobre “lo normal y lo natural” (Geertz:1994:102), construido en una deriva (Molloy,2002) entre vasos comunicantes que conectan misteriosamente acontecimientos con construcciones de sentido previas. Cuando la experiencia práctica muestra inquietantes discordancias, un sentido común desorientado apela justamente a una manifestación actualizada de un drama anterior para nombrar aquello que escapa a los parámetros cotidianos (y lamentablemente la historia argentina es en este sentido, una extraordinaria proveedora): en ese momento, la percepción de la crisis es también una operación sobre el tiempo, en el que el presente es reconocido como un pasado.

Bibliografía citada

Benjamin, Walter (1989) “Tesis de la filosofía de la historia” en Discursos interrumpidos 1, Buenos Aires, Taurus

Bourdieu, P. 1988, Capítulo II: “Confrontaciones”, Bs. As., Gedisa.

Bourdieu, P.(1999) *La miseria del mundo*, FCE, España.

Bourdieu, P. (1991) *El sentido práctico*. Capítulos: 6 La acción del tiempo; 7. El capital simbólico; 8. Los modos de dominación, Taurus.

Buchbinder, Pablo (1997) *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA*, Buenos Aires

Geertz, Clifford (1985) *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.

Guber, R. (2001a) *La etnografía: Método, campo y reflexividad*, Norma, Buenos Aires.

_____ (2001) *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Halperín Donghi (2002) *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, EudeBA

Mangone, C. y Warley, J. (1984) *Universidad y Peronismo (1946-1955)* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina

Neiburg, Federico (1998), *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires,

Sahlins, Marshall.

¹César Milstein señalaba respecto del problema de la fuga de cerebros: “lo primero que hace falta es más apoyo oficial y más recursos. Pero que “no menos importante es aprender a gastar bien esos recursos. Si no, es mejor que el dinero no venga” (*La Nación*, 15-12-1999). Con respecto a un recorte para el área de educación llevado a cabo por el gobierno, Gregorio Klimovsky señalaba que “nuestro genes no han cambiado, pero atravesamos persecuciones ideológicas, fuga de cerebros y hoy tenemos una dirigencia que prefiere el golf a la cultura y la formación científica. Es nuestra enorme decadencia” (*La Nación*, 9/5/1999).

²En una larga nota publicada en el suplemento *Zona*, y firmada por Renata Rocco Cuzzi, “La imparable fuga de cerebros”, se consulta a distintos investigadores científicos y también a un escritor y a un antropólogo para debatir las causas del fenómeno. Es una de las pocas notas encontradas –y que sienta precedente en cuanto al tema, el enfoque y el estilo que está realizada- en las que se da voz, para hablar de este tema, conjuntamente a profesionales de las llamadas ciencias duras y de las humanidades. Según los primeros, los motivos de la fuga están en las endeble estructuras de investigación, la falta de inversión y las dificultades de reinserción laboral, para los expertos en humanidades, en cambio, se estaría conformando una “internacional argentina” (Sergio Chejfec, celebrado escritor al menos por cierto grupo hegemónico de la crítica literaria argentina), formada por “jóvenes que ya no vuelven, porque están en un momento posnacional, muy lejos de los sueños de una reconstrucción nacional (Walter Mignolo, antropólogo)(*Clarín*, 12-9-1999) .

³ Ya en su ensayo *Psicología de las masas y análisis de yo*, Sigmundo Freud alertaba, a propósito de la pregunta por aquello que liga las actitudes de los individuos cuando se encuentran siendo partícipes de una masa que el contagio no es tanto un fenómeno explicativo (una causa, en este caso), sino una manifestación a ser explicada.

⁴ Una sociedad como la argentina, cuyos gobernantes, cámaras empresariales y sindicatos de trabajadores no sienten que le conciernen la Universidad, los investigadores y la fuga de cerebros, luego tiene masas desocupadas que ruegan por trabajo a San Cayetano y la Virgen de Luján,

demuestra no tener una visión del mundo que resulte compatible con la ciencia (*La Nación*, 28-4-2000)

En una mesa redonda de científicos organizada por Clarín se sugería que el corazón del déficit podría situarse en la falta de unidad y coherencia para establecer por qué la ciencia es importante para un país como Argentina. Y se pregunta: ¿se trata de una sola isla o existen islas diversas: los científicos, las autoridades, los empresarios- que no logran tender puentes duraderos entre sí? La Alberto Kornblit recibió toda su educación en la Argentina. Cursó la primaria en una escuela estatal, la secundaria en el Colegio Nacional de Buenos Aires, se recibió de biólogo en la Facultad de Ciencias Naturales de la UBA y se doctoró en el Instituto Campomar, dirigido entonces por el doctor Luis Federico Leloir: “aquí lo que falta es una política de Estado de apoyo a la ciencia, porque los gobiernos pasan y el problema se agrava. No puede ser que con cada nuevo gobierno tengamos que volver a rendir examen y demostrar que servimos para algo” (*La Nación*, 25/06/2000)

La bióloga Lidia Szczupak, citada en la misma nota, afirmaba: “ganamos un subsidio pero no sabemos si lo vamos a cobrar. Las cosas se tejen y se destejen fácilmente”

⁵Alberto Kornblit recibió toda su educación en la Argentina. Cursó la primaria en una escuela estatal, la secundaria en el Colegio Nacional de Buenos Aires, se recibió de biólogo en la Facultad de Ciencias Naturales de la UBA y se doctoró en el Instituto Campomar, dirigido entonces por el doctor Luis Federico Leloir: “aquí lo que falta es una política de Estado de apoyo a la ciencia, porque los gobiernos pasan y el problema se agrava. No puede ser que con cada nuevo gobierno tengamos que volver a rendir examen y demostrar que servimos para algo” (*La Nación*, 25/06/2000)

La bióloga Lidia Szczupak, citada en la misma nota, afirmaba: “ganamos un subsidio pero no sabemos si lo vamos a cobrar. Las cosas se tejen y se destejen fácilmente”

⁶ “Con el futuro detrás de la frontera”: uno de cada cinco argentinos piensa en irse del país (*Página 12*, 17/5/2003) “Un futuro en otro idioma”: “sin dudas, la gramática y la fonética varían según se trate de italiano, francés, alemán, o catalán, lo que no varía es que para todos el mañana es en otro idioma” (*Página 12*, 23/6/2002).
